



**LO QUE
NO SÉ DE LOS
ANIMALES**

JENNY DISKI

Seix Barral

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

DEDICATORIA

PRIMERA PARTE

1. LOS DE VERDAD Y LOS DE PELUCHE
2. ANIMALES FANTÁSTICOS

SEGUNDA PARTE

3. DIVISIONES
4. EL OTRO

TERCERA PARTE

5. ACERCARSE A LA NATURALEZA
6. EN EL LABORATORIO

CUARTA PARTE

7. DENTRO DE NOSOTROS
8. EL BUENO, EL MALO Y EL ÚTIL

QUINTA PARTE

9. LA MUERTE DEL ALMUERZO
10. ¿QUIÉN MANDA AQUÍ?

EPÍLOGO. LA MIRADA DE FRUTA

NOTAS

BIBLIOGRAFÍA

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

¿Qué sabe Jenny Diski de los animales? Como no estaba muy segura, empezó a escribir este libro: nuestra relación y actitud hacia los animales merecen una reflexión. Y en *Lo que no sé de los animales* demuestra el porqué. En su investigación, Diski recuerda los animales de peluche de su infancia, los que aparecían en los libros infantiles que leía y en los dibujos animados que veía. Nos habla de los animales con los que ha convivido, de los que se ha encontrado y los que ha temido. También reflexiona sobre el ser humano y cómo éste ha observado, estudiado, tratado y escrito sobre sus compañeros de viaje en este planeta. Entrevista a científicos, analiza a Derrida y a su mascota y observa elefantes en Kenia para encontrar la clave de la compleja relación que establecemos con ellos.

Para Chloe y Oliver con amor

PRIMERA PARTE

EN EL PRINCIPIO

He aquí al Oso Eduardo bajando las escaleras con la cabeza — plom, plom, plom— de la mano de Christopher Robin. Es la única manera que él conoce de bajar las escaleras, aunque a veces piensa que debe de haber otra forma mejor y que seguramente la descubriría si pudiera dejar de darse golpes en la cabeza y pararse a discurrir.

Y luego, en cambio, piensa que tal vez no hay otra forma. En todo caso, ahora ya está abajo y dispuesto a sernos presentado por su nombre especial: Winny de Puh.

Cuando oí el nombre por primera vez, dije, igual que vosotros vais a decir:

—¡Pero yo creí que era chico!

—Claro que es chico —dijo Christopher Robin.

—Entonces no puede llamarse Winny.

—Claro que no.

—Pero tú has dicho...

—He dicho Winny de Puh. ¿No sabes lo que significa de?

A. A. MILNE, *Historias de Winny de Puh*

1

LOS DE VERDAD Y LOS DE PELUCHE

Nací a mediados del siglo XX en el corazón sin vida de una gran ciudad. Soy lo que un historiador ha definido como *un sujeto posdoméstico*.^[1] Mis abuelos emigraron a Inglaterra desde el *shtetl*: aunque trabajaron más como vendedores, comerciantes de pieles y sastres que como granjeros, supongo que en algún momento tuvieron que emplear caballos como animales de tiro y tal vez montarlos. Imagino que dispondrían también de algunos pollos y que los sacrificarían bajo la atenta mirada del rabino. A pesar de que mi madre nació en 1912, sabía cómo chamuscar y limpiar los pollos que le llegaban, todavía con las patas, la cabeza y las vísceras, de la carnicería que había detrás de la estación de metro de Warren Street. Aun así, como muchos hijos de inmigrantes, mis padres intentaron dejar atrás el universo del *shtetl* tan rápido como les fue posible. Por mucho que hubieran sido sus mayores quienes emprendieron aquellos arriesgados viajes desde una Centroeuropa hostil hasta ciudades lejanas e ignotas, se sentían avergonzados de ellos y de sus marcados acentos.

Nuestras ropas cuidadas y pulcras eran una prueba de lo mucho que nos habíamos alejado de las viejas comunidades rurales. Mi madre no tenía mucho contacto con los productos «contaminantes» de la naturaleza, salvo cuando se metía en la cocina a prepararlos para que, después de

trocearlos y cocinarlos, parecieran algo diferente de lo que eran. Tanto ella como mi padre habían encontrado en el refinamiento un refugio para escapar de la sombra que proyectaba el *shtetl*. Cuando era niña, vivíamos en un bloque de apartamentos con calefacción central. Había un hombre en el sótano que se encargaba de atizar la caldera; otro venía cada semana, se llevaba las sábanas sucias y nos las devolvía lavadas y planchadas. Mi madre se pasaba el día entero quitando el polvo, abrigando y limpiando, pero nuestro apartamento era tan pequeño que me cuesta entender cómo podía llevarle eso más de media hora al día. Cuidaba su higiene y la mía con el mismo celo que si dedicáramos nuestras vidas a excavar túneles mugrientos y oscuros. Especialmente *ahí abajo*, en las partes pudendas, íntimas, donde residía nuestro lado animal. Solía añadir un puñado de sales en mi bañera para librarse de cualquier germen que pudiera esconderse en mi cuerpo. Y tampoco es que éste tuviera muchas ocasiones para ensuciarse: tenía un par de bragas limpias cada mañana, y las lecciones sobre cómo debía limpiarme después de orinar y defecar habían sido cuidadosas. Mi madre estaba dispuesta a lidiar con la inmundicia animal, siempre y cuando fuese para asegurarse de que nunca jamás se introdujera en nuestras vidas. Mi padre se afeitaba con una navaja afilada en un asentador, se dejaba sobre el labio superior un bigotillo como un trozo de césped cuidadosamente podado, trataba de alisar su pelo ondulado con algo de suavizante para el cabello y un vigoroso cepillado, y se ponía además perfume para controlar su olor corporal. Sin embargo, para mi madre no era ni la mitad de escrupuloso que ella, ni en lo referente a su propia higiene personal ni tampoco en lo que tenía que ver con las partes íntimas de los demás. Rechazaba sus costumbres sexuales e higiénicas y las definía como *asquerosas*. Tener modales era «bueno». La limpieza

era siempre «una buena limpieza». Tener modales consistía en no mancharse la ropa que había sido cuidadosamente elegida para mostrar hasta qué punto no éramos gente del campo. Cuando me quejaba amargamente de mis chalecos de lana e insistía en lo mucho que me picaban, me respondía que era imposible porque estaban hechos con las mejores lanas que se podía encontrar en Bruselas. Eran las tiendas de las ciudades y no las ovejas del campo lo que garantizaba su valor y su calidad. *Posdomesticidad*.

Debía ignorar y evitar a cualquier perro, gato o pájaro con el que me cruzara por la calle. Aunque había excepciones. Las grandes bandadas de estorninos que sobrevolaban el centro de Londres por aquel entonces sí eran un espectáculo digno de ser visto, un espectáculo por el que valía la pena detenerse para mirar cómo se arremolinaban a millares sobre el tejado de la National Gallery al caer la tarde y cómo levantaban el vuelo al unísono formando una nube aleteante y chillona que se lanzaba en picado y volvía a elevarse por los cielos de Londres en perfecta formación. En Trafalgar Square, solía dar de comer a las palomas hambrientas que se me posaban en las manos, los hombros y la cabeza para intentar alcanzar el maíz que tenía en la palma abierta. Una momentánea suspensión de la cautela con la que tratábamos a los animales en la ciudad. Ahora, las palomas se han convertido en ratas voladoras, repulsivas y pestilentes. Han sido expulsadas de Trafalgar Square y, de madrugada, se dispara contra ellas para impedir que sigan infestando los edificios públicos y los arcos de los puentes. También los estorninos han desaparecido. A pesar de todo, conservo una foto en la que se nos ve a mi madre y a mí al pie de la columna de Nelson con un montón de palomas colgadas de la cabeza y los hombros, y en la que ella aparece sonriendo con cierta benevolencia.

Cuando iba con mi madre a la carnicería, me quedaba sentada en la sillita, cerca del pálido serrín, mirando aquellos pedazos de carne del mostrador atados con cuerdas a los que se había dado una forma tan poco natural que apenas recordaban ya a nada que hubiera estado vivo. Ése era el lugar en el que los cadáveres eran preparados para que pareciesen comida. Se trataba, además, de una carnicería kosher, lo que significaba que el animal había sido desangrado y que su sacrificio se había realizado entre oraciones. Para cuando llegaba a la tienda, había sido transformado de tal manera que ya no se parecía en nada a la criatura que una vez había sido. Y la transformación continuaba en la cocina de casa. La carne en conserva era un cilindro ovalado enrollado con cuerda; el pescado se fileteaba y se cubría de masa para rebozar o se batía con zanahorias y se hervía hasta que resultaban unas albóndigas húmedas y viscosas; el hígado se troceaba y se mezclaba con huevos y cebolla hasta que se convertía en paté. Sólo los pollos mantenían cierta apariencia real. En la carnicería, aunque muertos y sin plumas, se almacenaban enteros y colgados por el cuello de un gancho frente al escaparate. He ahí una pequeña estampa bucólica. Conservaban su forma y su aspecto incluso mientras eran cocinados, después de que mi madre hubiera chamuscado los últimos rastros de su plumaje. La sopa de pollo —un plato típicamente judío— se hacía con el pollo entero y descoyuntado, sin la cabeza, pero con todas las vísceras (mollejas, hígado, corazón y cuello), los huevos que aún no habían sido puestos (una verdadera delicia, aquellas yemitas cocidas) y las extremidades amputadas. En realidad, era un plato tan chino como judío, pero, sea como fuere, mordisquear las patitas de un pollo, con su succulento y gelatinoso cartílago, fue un placer del que disfruté cada semana durante toda mi infancia. Así pues, toda mi experiencia con animales no humanos se re-

ducía al olor de una carnicería, a las partes troceadas de un pollo cocinado, a ciertos encuentros íntimos con una plaga de aves pestilentes y a la predilección que sentía por los estorninos.

Y, sin embargo, esto no es del todo cierto, porque en los lugares más recónditos de mi memoria hay una granja. Me resulta imposible verificarlo, ya que no queda nadie que lo sepa, pero en mi cabeza puedo verme de muy pequeña en una granja. Una granja escuela, ésa es mi primera impresión. Me quedé allí más de una vez. Me acuerdo bien de la mesa de la cocina y de haberme sentado allí junto con algunos adultos y un montón de niños más, puesto que yo rara vez me sentaba a una mesa llena de gente en casa; desde luego, nunca en la cocina y, cuando lo hacía, era en ocasiones señaladas y en un lugar separado de donde se preparaba la comida. Mis padres no estaban conmigo en la granja, aunque en mi cabeza puedo verlos llegando (a los dos juntos, creo) para visitarme al menos una vez, y tampoco había nadie más a quien conociera o pudiera identificar. Había cerdos y yo los adoraba. Me veo en su porqueriza, tratando de hacerme su amiga. No puedo recordar a ningún otro animal en concreto, aunque tengo la vaga sensación de que había más animales de granja por allí. También conservo en mi memoria el olor a estiércol y el momento en que di de comer a una vaca, a la que también pude incluso tratar de ordeñar. Creo que me gustaba estar en aquella granja. Veo a una mujer con sus pantalones metidos dentro de unas botas de agua que me enseña a cuidar de los cerdos y a no tenerles miedo. Los recuerdos son tan fugaces, simples imágenes fijas sin ningún contexto, que realmente debía de ser muy pequeña, aunque sí conservo la impresión de que la gente era amable y sonreía. Puede ser que aquello sucediera una vez o más, pero

aun así no deja de extrañarme. Se me ocurren dos posibilidades: o bien se trataba de un lugar para que los niños pasaran sus vacaciones y mis padres pensaron que debía probar cómo era la vida en una granja o bien era un hogar de acogida en el que estuve durante algún periodo turbulento, uno de los muchos que me obligarían más adelante a ser acogida en varias ocasiones, de todas las cuales me acuerdo con claridad. Es posible que el ayuntamiento me enviara allí durante alguna crisis. Eso explicaría la intensa sensación de amabilidad que recuerdo. Me parece lo más probable, ya que no puedo imaginarme ni a mi madre ni a mi padre dejándome ir sola a ninguna parte con esa edad, y menos aún al campo del que procedían sus antepasados. Era algo peligroso y humillante. Nosotros éramos de esos que, durante los años cincuenta, se desplazaban hasta las afueras de Londres para hacer un pícnic junto a la autopista y lo consideraban una jornada campestre. Yo pude empezar a vagabundear por Londres con cierta libertad, a menudo sola, desde una edad relativamente temprana, pero las calles no fueron consideradas del todo seguras para mí hasta que le cogí el tranquillo a cruzar la calzada. Una granja era algo extraordinariamente alejado y diferente de todo cuanto puedo recordar de mis padres. Quizá esa granja infantil no sea más que un producto de mi imaginación. No lo creo, pero no puedo estar segura. Sea como fuere, parece que en mi infancia sí que hubo un poquito de estiércol y algunos animales domésticos. Todavía hoy me encantan los cerdos.

Durante mi infancia en la ciudad, existieron también unas cuantas criaturas no humanas de carne y hueso. Como un periquito llamado Georgie. Era de color azul. Estaba todo el rato diciendo: «¿Quién es el más guapo?», y algunas veces contestaba: «Georgie». Vivía en una jaula encima

del aparador y una vez a la semana revoloteaba por nuestro diminuto salón mientras mi madre la limpiaba. Se colgaba de mis dedos con sus garras afiladas y fuertes y se posaba en mi cabeza para descansar. Verlo volar en libertad era algo en cierta medida inquietante, y yo siempre me sentía aliviada cuando volvían a meterlo en la jaula. No creo que fuera capaz de entender que se trataba de un ser vivo independiente: era tan sólo un juguete encerrado en una jaula dentro de una habitación, parecido a muchos de mis muñecos de cuerda, un sucedáneo de Piolín. Si me hubieran preguntado, podría haber respondido que quería a Georgie, pero por aquel entonces yo decía un montón de cosas, especialmente sobre el amor, simplemente porque pensaba que eso era lo que la gente quería oír. Un día, mientras limpiaban su jaula, Georgie se escapó por una ventana que mi madre había olvidado cerrar. Puede que llorara, pero no me importó mucho.

También estaban los pececillos de colores que solía ganar en las ferias de Battersea o Hampstead. Nunca hubo más de uno al mismo tiempo y siempre acababan saltando desde su pecera redonda y aparecían muertos en la alfombra o me los encontraba flotando en la superficie del agua a la mañana siguiente. Todos los pececillos eran iguales. Nadaban un rato y después se morían. No recuerdo que nadie me preguntara si los quería.

Y en otra ocasión me encontré al pie de un árbol en Regent's Park un pajarillo que se había caído de su nido. Lo recogí con cuidado y me lo llevé a casa, resguardado entre las manos. Mi madre, al ver a aquella criatura desvalida y quejumbrosa, se sobrepuso a su asco inicial y preparó un plato de pan remojado en leche. Intentamos darle de comer con unas tenacillas, pero o no quería o no podía y, retorciéndose en nuestras manos nerviosas e inexpertas, consiguió escurrirse y huir hasta el cálido escondrijo que

proporcionaba la parte trasera del radiador, donde se quedó atrapado. Una siniestra lección de la naturaleza. Mi madre, aterrorizada como yo lo estaría ahora en unas circunstancias parecidas, primero intentó engañarlo y después sacarlo con algún tipo de palo (¿una cuchara de madera?, ¿una espumadera?). La desgraciada criaturilla chillaba como loca alejándose del mismo, y nosotras nos lamentábamos y no parábamos de movernos mientras tratábamos de rescatarlo, lo que hacía que éste fuera atascándose cada vez más y que nuestra desesperación fuera en aumento. Se encontraba doblemente fuera de lugar: lejos del árbol en el que estaba su nido y en un entorno humano y doméstico, aprisionado entre un radiador demasiado caliente y la pared de un salón. En un determinado momento, los gorjeos se detuvieron. Mi madre pulsó con agitación varias veces el telefonillo para avisar a los porteros que estaban en la entrada y uno de ellos vino a sacar el cadáver para deshacerse de él.

Aquella experiencia fue mucho más angustiosa que ver a mi madre preparando un pollo para guisarlo. Las crías de pájaros, como las de cualquier otra especie, son increíblemente seductoras, con esos ojos grandes y esa cabeza redondeada, y parecen haber sido creadas por la naturaleza para hacer que el corazón se nos derrita. Estaba indefenso, y yo —eso era al menos lo que creía— lo había salvado, pero después todo salió mal. Ése era y ha sido siempre el problema con los animales que tomamos bajo nuestra protección, incluso con aquellos a los que llamamos mascotas. Aquel pájaro no quiso comportarse como debía hacerlo un animal rescatado. No entendía nada. No quería comer, no nos aceptaba ni confiaba en nosotras, intentó escapar y dejó de ser una dulce cría para convertirse en un animal atrapado y agonizante. Una decepción. Una desilusión. Algo de lo que arrepentirse. Todo lo contrario que mis tres